
LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL Y LOS PROBLEMAS NACIONALES

RODOLFO HERNANDEZ CORZO
Instituto Politécnico Nacional.

Organizaciones científicas como la nuestra llevan en su propio nombre la definición implícita de sus actividades. Existe, además, un vector común de preocupaciones y propósitos que señala la dirección de tales actividades, de modo que los recursos humanos y materiales con que cada organización cuenta, sólo marcan la intensidad específica que se pone en el desempeño de las funciones. A nivel científico, parecería ocioso recordar que la preocupación que nos vincula es la de velar por el progreso continuo y fecundo de la provincia del conocimiento que cultivamos. Este propósito se ha convertido desde hace tiempo en un lugar común del pensamiento de todo investigador contemporáneo. No existe investigador sin ánimo de comunicar sus hallazgos, o sin esperanza de contribuir sistemáticamente con sus descubrimientos a la unidad de la ciencia como categoría filosófica, o sin el explícito deseo de que su participación contribuya al engrandecimiento de la personalidad humana.

A nivel social, sin embargo, pueden tal vez formularse interrogantes respecto del *modus operandi* de sus relaciones con sus colegas, y, sobre todo, respecto del alcance de tales relaciones con los demás elementos del progreso integral humano. Diferencias en la metodología de estas relaciones y en el enfoque de los temas de preocupación común, han llegado incluso a exaltar los aspectos de personalidad individual del trabajador científico, en contradistinción de sus proyecciones o repercusiones sociales. Así es como se ha llegado a poner rubros de ciencia pura y ciencia aplicada a lo que jamás se pensó que pudiera subdividirse sin lesionar la unidad de nuestros más caros mecanismos de pensamiento. En realidad, es sólo la complejidad y amplitud de nuestras relaciones de individuo a individuo o entre grupos sociales, lo que nos lleva a poner el acento a veces sobre el empleo inmediato, a veces sobre el uso diferido de las novedades científicas, sin que tal imperio histórico cambie lo que no son sino dos facetas del mismo astro: la inspiración científica.

La razón es simple. La ciencia ha cambiado al mundo. En verdad, en los últimos años nada ha cambiado tan fundamentalmente ni tan aprisa la vida humana como el trabajo científico. Y este mundo cambiado, cada día más consciente de lo que la ciencia puede, pretendería incluso cambiar la ciencia y el espíritu de sus hombres, si los métodos de aquélla no estuviesen tan profundamente imbuidos en la mente de quienes a ella dedican sus mejores esfuerzos. Es que la ciencia constituye el sistema de trabajo mejor organizado de la actualidad, y el éxito de sus métodos incrementa su prestigio día con día. Los hombres se están acostumbrando a volver a ella continuamente la vista. La busca el que pretende guiar la conducta humana desde las instituciones de cultura superior; la busca el gerente de la gran industria; la busca el gobernante de país desarrollado o en evolución. Podría decirse que así como muchos pueblos de la antigüedad imploraban alivio a sus calamidades postrados frente al sol, él hombre perseguido de estos días —afanoso— busca la resolución de sus problemas ciencia adentro.

La ciencia no puede tener todas las respuestas. Pero la calidad humana del científico lo vincula, cada vez más cordialmente, con aquéllos que, bajo la más débil, también buscan un camino. Los grupos científicos de un país son su sector más ilustrado. Constituyen el núcleo más acostumbrado a pensar sobre los problemas con disciplina, con tranquila claridad mental, con voluntad crítica y sin apresuramientos ni temores innecesarios. No hay exageración al decir que son la fuente más generosa de auténtico capital con que cuentan los pueblos contemporáneos, porque, a mayor abundamiento, casi siempre piden muy poco a cambio de lo que diariamente ofrecen como fruto de sus actividades. Este sector no puede salir a la escaramuza política diaria, y sería grave error exponerlo a las conmociones sociales que parecen ser inevitables en la historia. Pero está siempre presente, quizás antes que nadie por la fina sensibilidad que lo distingue, cada vez que algún punto del complicado mecanismo humano amenaza ruina o desorganización.

Y bien, esta ha sido la tesis de nuestra Sociedad Mexicana de Historia Natural: estar presentes continuamente, pero sobre todo cuando el país lo reclama con urgencia. Ya desde su fundación en diciembre de 1936, en su declaración de Principios se expresó que aunque la Corporación daría gran énfasis a los aspectos científicos, también pondría todo su interés en cuanto pudiera significar progreso y bienestar para el pueblo mexicano. Por eso la han preocupado siempre los problemas nacionales y, más que nada, los recursos con que habrán de resolverse

tales problemas. Esta es la razón de su empeño en el conocimiento y correcto empleo de nuestros recursos naturales. Así se explica por qué desde 1947 celebró un Simposium sobre el tema, en el que participaron los Ingenieros Lorenzo R. Patiño y Enrique Dupré, los doctores Milton Lidner y Alfonso Pruneda, nuestro Secretario Perpetuo profesor Enrique Beltrán, y el jefe del departamento de Investigaciones Industriales del Banco de México, ingeniero Gonzalo Robles. Por cierto, el trabajo presentado por este último, "Recursos Naturales e Industrialización", fue merecidamente premiado el pasado año con el Premio Nacional de Economía. Asimismo, las páginas de la Revista de la Sociedad han acogido en diversas ocasiones numerosos trabajos que abordan el asunto desde sus ángulos más viables. Podríamos mencionar, entre otros, los lineamientos generales para una política conservacionista, de Beltrán (1939); o el trabajo de Riquelme Inda, sobre un tema cuya dramaticidad se palpa ahora más que nunca: los recursos naturales y el crecimiento demográfico (1952); o el de Morelos Herrejón (1952) sobre la significación de los conceptos "conservación de recursos" y "protección a la naturaleza", y, finalmente el trabajo de Tom Gill (1952) sobre los diversos usos de los suelos y sus problemas.

Se han tratado también temas semejantes desde puntos de vista más concretos, como cuando Fernando de Buen ha disertado reiteradamente (1943, 44, 45) sobre los lagos michoacanos de Pátzcuaro, de Zirahuén y de Cuitzeo, y su importancia para las comunidades de sus alrededores o cuando Mauro Cárdenas (1947) ha hablado sobre el ciclo vital y la pesca del camarón, ahora tema de la prensa diaria; también se han ocupado de nuestros recursos pesqueros Alvarez del Villar (1946) sobre cultivo de peces, y, sobre todo, Osorio Tafall quien, de hecho, ha sentado las bases para una zoología económica del Mar de Cortés, y llamado oportunamente la atención sobre nuestra Plataforma Continental y sus recursos naturales (1945). No se puede sobreestimar la circunstancia de que este último trabajo motivó una proclama del Presidente don Manuel Avila Camacho para reivindicar los derechos de México sobre dicha Plataforma, cuya explotación adecuada seguramente verá sus mejores días en el próximo futuro. Beltrán de nuevo, en 1952, presentó una síntesis muy documentada del panorama pesquero de México, y Ramírez, en el mismo año, disertó sobre las posibilidades pesqueras de las lagunas vecinas a Acapulco.

En materia agrícola —que es otro de los puntales de nuestro temporalmente deteriorado progreso económico— se han abordado tópicos tan interesantes como el desarrollo de la agricultura indígena, por Gilly (1945), y los métodos nuevos para la fermentación del café, por Stern (1946). (No necesitamos recordar que este producto representa ahora precisamente nuestro segundo renglón de exportación, bajo la presión de precios atractivos en el extranjero). Se presentó también un estudio por Mayagoitia (1950) sobre las relaciones entre el boro de los suelos y el cultivo de la alfalfa. En un orden semejante de ideas, Bello Méndez (1952) discutió los problemas de la conservación de nuestra riqueza forestal, y Beltrán (1953) la problemática de nuestros bosques tropicales.

Asimismo, por lo que se refiere a sanidad humana y de los animales, la Sociedad ha escuchado importantes trabajos como los de Peredo Reyes (1943) quien comentó los problemas del paludismo y el cultivo del arroz, los de Roch (1949) sobre el paludismo en el Valle de Morelia, y el de Téllez Girón (1944) sobre los vampiros y el derriengue.

Sería muy largo formular una lista completa de todos los trabajos presentados en función de problemas nacionales y a la luz de las especialidades que cultivan nuestros agremiados. Lo indicado arriba es seguramente muy sintético y han quedado varios nombres sin mencionar. Se presenta únicamente como ejemplo de las intervenciones con que los socios de esta agrupación han pasado lista de presentes cada vez que es menester. Podríamos agregar, quizá, que, por lo menos en tres ocasiones, los Presidentes de la Sociedad han dedicado sus discursos inaugurales a temas en que se ligan la ciencia y la evolución económica de los pueblos (el nuestro principalmente), como cuando Riquelme Inda (1945) presentó su estudio sobre las ciencias naturales al servicio de la colectividad, o cuando Izquierdo Raudón (1952) disertó brillantemente sobre el establecimiento de Estaciones de Biología Marina y su importancia en el progreso científico y general de las naciones, o, finalmente, cuando Hernández Corzo (en este propio año) trató las relaciones de las ciencias puras con sus implicaciones sobre el bienestar humano. Valgan así los ejemplos recordados.

¿Y qué hay en el panorama nacional en esta hora? ¿Hay intranquilidad? ¿Hay incertidumbre? ¿Falta acaso seguridad en el producto de la tierra o confianza en el esfuerzo humano? Deliberadamente citamos estos temas en calidad de interrogantes, aunque todos conocemos las respuestas. Hay ciertamente un desequilibrio entre nuestro cada día más rápido crecimiento demográfico y nuestro lento desarrollo económico. Este desajuste repercute despiadadamente todos los días en todos los órdenes. El más reciente valor oficialmente reconocido a nuestro peso no es sino una nueva coyuntura para recordar que vivimos de prestado en muchos de nuestros renglones domésticos. Con un peso que se escapa entre los dedos no se puede, en verdad, comprar muchas cosas. Pero dejemos a nuestros economistas el problema de inyectar valor a nuestro diminuto signo de cambio, o el de discernir si en un afán de "cortar por lo sano" exacerbados vicios de nuestras prácticas económicas, se cortó demasiado de lo sano o de cómo manejar los recursos políticos y sociales para que nuestras deterioradas relaciones de

intercambio se traduzcan en una balanza más equilibrada.

Nosotros veremos seguramente este problema, según nuestra costumbre, con tranquilidad científica. He aquí un país, con éstos y aquéllos recursos naturales, con aquéllas y éstas fuentes de energía, con tal o cual espíritu de sus hombres. De la conjugación oportuna y adecuada de estos factores tiene que derivar nuestro progreso económico, y de éste nuestro bienestar social. "La Fuerza económica de una nación se mide por el total de sus recursos naturales, unido a la habilidad de su pueblo para utilizarlos sabiamente y eficientemente", ha dicho Keenleyside en conferencia sustentada en Ann Harbor, en 1949. Se refería, por supuesto, al Canadá. Nosotros probablemente tenemos que poner la tónica más bien en la segunda que en la primera parte de esta frase. Pero no hay otra manera de ver las cosas, puesto que, como se asienta en la introducción del Proyecto 29 de la O.E.A. ("Centro Panamericano de Entrenamiento para la Evaluación de los Recursos Naturales"), "los recursos naturales de las Repúblicas Americanas constituyen la riqueza básica de donde depende el desarrollo de una economía sólida, permitiendo un nivel de vida más alto a su población". Para agregar más adelante que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (sede en México) señaló desde el principio del Programa de Cooperación Técnica de la Organización, "que era crítica la falta de conocimientos sobre estos recursos así como la falta de personal bien entrenado para obtener y evaluar las informaciones al respecto".

Es evidente que nuestra Sociedad ha tenido y tiene en todo esto una gran participación, y un noble y generoso tema de preocupaciones superiores. Hay también válidas razones de tipo externo, que se refieren a aquel modo de relación de organizaciones como la nuestra con los demás elementos del progreso humano. Se repite tanto, que está a punto de volvérsenos obsesión, la idea de que somos un país subdesarrollado. La verdad es, como asegura recientemente Frankel (*The Economic Impact on Under Developed Societies*, 1953), que es muy difícil definir un país, región o comunidad como subdesarrollado. El subdesarrollo, más que una variable susceptible de medida, es un proceso evolucionario cuya estimación —frecuentemente subjetiva— depende mucho del marco de referencia del observador. En general, lo único que se afirma al aplicársenos el discriminatorio calificativo, es que todavía no alcanzamos (o que estamos en proceso de alcanzar) un estado de negocios más deseable que lo que hemos anteriormente vivido. A mayor abundamiento, se emplea para decidirlo una vara de medir unidimensional que casi siempre es el índice de industrialización, difícilmente reductible a términos de valores espirituales superiores.

Pero un hecho es claro: todavía no estamos suficientemente enterados de muchos de nuestros recursos naturales, ni hemos estudiado suficientemente sus repercusiones en nuestro nivel de vida. Y esto nos acontece en un período de la historia en que todos los pueblos se ven urgidos, como nunca, a abrirse constantemente nuevas órbitas de actividad económica, a forzar su camino dentro de esferas de influencia política continuamente nuevas, o a vivir bajo frecuente distorsión de las ideologías sociales. Conviene, por tanto, poner el énfasis no tanto en el problema en sí, cuanto en los recursos para resolverlo. De estos recursos nos interesan por razones obvias de especialidad científica, principalmente los naturales, que, en unión de los recursos humanos y los de capital, constituyen la base más sólida de nuestras premisas de bienestar. Creemos que nunca antes había sido tan necesario presentar un resumen analítico sobre este asunto, que enfoque a los recursos naturales como algo que cambia continuamente bajo actividad humana deliberada, ya que la ciencia y la técnica abren cada día nuevas fronteras al inventario mismo de dichos recursos. No se hablaría de ellos como de un conjunto de invariantes o datos rígidos del país, sino como un sistema de variables de cuyo manejo cuidadoso depende en gran medida el futuro de quienes habrán de sucedernos. Por consiguiente, se puede considerar la situación económica por la que atravesamos como una coyuntura más para que nuestra Sociedad intervenga, con su presencia y su acción, en los problemas nacionales del día. Y así lo hará seguramente la Corporación, no sólo por su tradicional y ameritado empeño en servir al país, sino porque éste cuenta en la actualidad con el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, cuyo Director es nuestro propio Secretario Perpetuo, el Prof. Enrique Beltrán, sin duda uno de los investigadores más autorizados para abordar estos asuntos en conexión con los planes generales para la integración económica de México.

Tratado el tema en esta forma, indudablemente se alcanzarán muy importantes conclusiones, y nos quedará la seguridad de que se ha abordado una fase del problema de nuestro progreso patrio, mediante procedimientos consagrados por la historia de la cultura: de cara al sol, afinando nuestras relaciones sociales y adentrándonos en los métodos de la ciencia.